

CONVERSACIONES, 28

CONVERSACIONES CON STEFAN ZWEIG

© del prólogo, Juan Ángel Juristo
© de la traducción, Manuela Gargurevich
© Fotografía Stefan Zweig: Suzanne Hoeller. Lebrecht Authors, 2008

© Confluencias, 2024
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-128184-5-1
Depósito legal: AL 328-2024

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

Conversaciones

con

STEFAN
ZWEIG

El mundo de ayer

Prólogo de
Juan Ángel Juristo

Traducido por
Manuela Gargurevich


CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

Prólogo, Juan Ángel Juristo	11
I. Salzburgo, en casa de Stefan Zweig (1932).	23
II. «La verdadera literatura no servirá nunca a la política».	43
III. Una entrevista con Stefan Zweig.	53
IV. «Para la formación de los Estados Unidos de Europa, Francia es indispensable».	63
V. Stefan Zweig habla de su proyecto de revista y declara que el pueblo no confía en los intelectuales.	67
VI. El espíritu europeo.	77

VII.	Conversé sobre literatura con Stefan Zweig.	83
VIII.	La inestabilidad aprisiona a los escritores.	87
IX.	Los libros resisten al fuego. Una entrevista en Chicago, en enero de 1939.	91
X.	Stefan Zweig, por Thomas Quinn Curtiss.	97
XI.	La causa francesa es la de la humanidad entera.	109
XII.	Stefan Zweig nos dice: «La victoria francesa será la de todos los hombres libres».	113
XIII.	El futuro de la escritura en un mundo en guerra.	121



PRÓLOGO

LA CANCIÓN DE AMOR Y MUERTE DE STEFAN ZWEIG

Este libro, delicioso en muchos aspectos, terrible en otros, pero sólo porque sabemos cómo acabaron la mayoría de los temas que se tratan en él, y desde luego el suicidio del mismo Stefan Zweig en Petrópolis el 23 de febrero de 1942, convencido de que el mundo entero terminaría siendo nacionalsocialista, algo que siempre me llamó la atención pero que en cierta manera nos da las claves de la personalidad del escritor, para quien, en el fondo, ese mundo desfondado era el mundo que le había tocado vivir en esa Europa de finales del siglo XIX, la *belle époque*, posee un sabor de época irrepetible, el de la Europa de los años treinta, la del auge del *art déco* y las vanguardias,

la del ascenso de los totalitarismos, la del auge del maquinismo y las grandes crisis económicas y sociales que traería como consecuencia la Segunda Guerra Mundial, una sociedad en la que Zweig se sentía perdido sin remedio, como en otros aspectos le ocurrió a un pensador mucho más moderno que Zweig pero perteneciente al mismo mundo, el Walter Benjamin reflejado en *Infancia en Berlín alrededor de 1900*, un mundo cuya referencia sentimental más profunda era la noción de Kultur con que se presentaba Centroeuropa en contraposición con la de Civilización, que para ellos representaba Francia, y siéndoles la cultura anglosajona un tanto distante, más en el caso de Benjamin. El suicidio de ambos es sintomático de ese rechazo que tenía raíces profundas en esa desconfianza ante el capitalismo liberal anglosajón donde quizá intuyeron que no representaba ninguna alternativa a los totalitarismos y que de representarla supondría la creación de un tipo de sociedad en el que no podrían adaptarse.

Me llamó poderosamente la atención que Stefan Zweig, que era autor que leíamos de jóvenes, sobre todo en su labor como biógrafo, donde consiguió, creo, lo mejor de su obra, son modélicas las de María Antonieta y Fouché, él,

tan fascinado por la cultura francesa y con una deuda reconocida para quienes consideraba dos maestros que le habían influido enormemente, Montaigne y Rousseau, fuera reivindicado y, desde luego, puesto de moda, hace pocos años haciendo de él el testigo privilegiado de su tiempo, de esa Mittleuropa de principios de siglo y de la Francia de la *belle époque* y que probablemente haya tenido un hueco entre las nuevas generaciones por su labor de denuncia de la guerra y su postura pacifista junto a otros escritores amigos suyos como Romain Rolland y Hermann Hesse, con los que comparte un buen número de afinidades electivas. Ese regreso, por otro lado nada raro en estos vaivenes del canon según soplen los vientos de la historia, es para felicitarse, pues en cierto modo ha dado amplitud y conocimiento a un personaje clave en los años treinta y que, aparte de esos *Momentos estelares de la humanidad* por los que se había hecho famoso, y alguna biografía difícilmente irrepetible, era escritor de una vasta obra que incluía novelas y obras de teatro, y que narraciones como *Carta de una desconocida* fuera llevada al cine por Max Ophüls en 1948, protagonizada por Joan Fontaine y Louis Jourdan, y por Tulio Demicheli en 1957, película rodada en México bajo el título *Feliz año, amor mío*, y que

contaba en el reparto con Arturo de Córdova y Marga López, así como *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, que ha sido llevada al cine al menos cinco veces, siendo las más asentadas las de Victor Saville en el año 1952, con Merle Oberon y Richard Todd como protagonistas, y la de 1961, que dirigió Silvio Narizzano y protagonizada por Ingrid Bergman, así como *Raquel habla con Dios*, *Los ojos del hermano eterno*, *Viaje al pasado* o *Amok*, *el loco de Malasia*, entre otras.

Pero esta resurrección de Zweig se produce en un solo carril: la del hombre público que junto a Hermann Hesse y, sobre todo, Romain Rolland se opusieron desde el primer momento a la explosión del nacionalismo alemán que condujo a la guerra mundial, y enfrentando a éste con un ideario pacifista pero que no se arredraba ante la crítica a los aliados. En carta a su mujer, Friderike, en 1918, dice:

Estoy tan embargado por una indecible amargura contra la época, que creo que nunca hubo tiempos más carentes de sentido que los de ahora en los que la matanza continúa. La derrota alemana fue buena cosa para derribar allí el poder de Ludendorff, pero priva ahora en América una exaltación sin igual. Han oído la

sangre. Y ahora son ellos los que desean la victoria que los alemanes ansiaban aún hace dos semanas: la gran victoria decisiva en la que el adversario ha de quedar de rodillas.

Ni que decir tiene que la imagen de «han olido la sangre» es tremendamente sugestiva. Nos habla bien a las claras de esa cualidad que le hizo famoso, la de ser poseedor de una fineza psicológica poco común aliada a una extensa cultura y un estilo directo, preciso, muy periodístico, que hizo de él el paradigma del intelectual ecuaníme, a veces muy alejado de lo que en la época se entendía por intelectual comprometido, que en todo caso solía significar apoyo a la reciente Revolución soviética.

Una muy buena definición de la personalidad del escritor nos la ofrece su mujer, Frieda, que firmaba Friderike Maria Zweig von Winternitz, quien, en el prefacio de la *Correspondencia* de Stefan Zweig que ella misma preparó, escribe:

Pues estoy firmemente convencida de que la dicha y final de Stefan Zweig, contemplados a la cálida luz de los acontecimientos inmediatos y que aquí aparecen como las disensiones de una naturaleza extremadamente sensible en contraposición con una época de períodos infernales, han de ser una buena aportación

al esclarecimiento, y hasta me atrevería a decir de transfiguración, de su figura y destino humanos,

que se corrobora en numerosas cartas, como la fechada en el lago de Zúrich en 1918: «Es-toy, sin embargo, por una indecible amargura contra la época, que creo nunca hubo tiempos más carentes de sentido que los de ahora». En la *Correspondencia* se encuentra, asimismo, el primer comentario sobre el nazismo que tanta importancia tuvo en su vida, hasta el punto de quitársela once años más tarde:

Todo va bien aquí, sólo que ahora ha irrumpido una gente horrible de la Baja Alemania. La cruz gamada ha tenido mucha aceptación entre la clase media, en la cual el socialismo, la religiosidad, la cultura, pasan a ser caricaturescos. Embarga a estas gentes, a quienes la modestia sólo hace soportables, un estúpido afán de dominio o de aspiración al dominio.

Lo mismo para «caricaturesco». Un adjetivo le bastaba a veces para dar con toda una definición.

Estas trece entrevistas, de un periodismo de altos vuelos, se abren con una magnífica charla debida a René Lévy en 1933, en la localidad de Juan les Pins y publicada en *Monde. Hebdomadaire*

International, que dirigía Henri Barbusse, el autor de uno de los mayores testimonios de la Primera Guerra Mundial, *Le feu*, y novela emblemática de muchos pacifistas del momento. En ella se habla del próximo libro de Zweig, *María Antonieta*, biografía que rompió moldes en tanto en cuanto no se recató de referirse a sus amantes, el conde Alex Fersen, y que rompió la imagen popular que hasta entonces se tenía de reina modelo como esposa y madre. En ellas se refiere también Zweig a la colaboración con Richard Strauss en *La mujer silenciosa*, de Ben Jonson, pero lo destacable en ella es la imagen muy fina, perspicaz y terrible del nazismo y sus orígenes y de sus consecuencias:

Hitler supo sacar estupendo partido del progreso de la tecnología para incorporarla a su propaganda política, y la verdad obliga a decir que tuvo un éxito impresionante... Comprendió la embriaguez que producen las masas, por su sola presencia: no es necesario derrochar elocuencia para hablarle a treinta mil, cincuenta mil, ochenta mil personas, con el mismo nivel de entusiasmo,

y refiriéndose al antisemitismo del nazismo contesta a Lévy que, en el fondo, es el mejor halago que se le puede hacer al semitismo, pues de-

moniza lo que hasta entonces era una evidencia, y es la meritocracia de este pueblo que en pocas décadas logró un gran número de empresas forjadas por un pequeño grupo. Luego, le enseña su tesoro personal, una gaveta llena de autógrafos, de Mozart, de Haydn, de Beethoven, de la gran mayoría de escritores del momento y, sobre todo, el escritorio de Beethoven, donde Zweig fantaseaba sobre si fue en él donde compuso la *Cavatina*.

El resto de las entrevistas, aunque algunas sean más circunstanciales, un paso breve por París, por ejemplo, que el periodista aprovecha para la *interview*, como se decía entonces, porque era género moderno y de moda, están llenas de sugerencias: así, en la que le hace Henri Philippson, cuando entre las novedades del año presenta *José y sus hermanos* como una de las obras maestras de Thomas Mann, amén de una de Franz Werfel, autor por el que sentía verdadero afecto. Sobre las relaciones entre Zweig y Thomas Mann, sabiendo del carácter del autor de *La montaña mágica*, cabría decir que no era ni mucho menos *inter pares*: Stefan Zweig sintió siempre admiración por Mann, igual que por Hesse, Romain Rolland y Joseph Roth, pero aquel, el rutilante y celebrado autor de *Doktor Faustus*, en alguna ocasión calificó de escritores mediocres

a Zweig y Hermann Hesse, a propósito de que en los años cincuenta difundió la noticia de que Zweig había sido un exhibicionista compulsivo.

Leer estas conversaciones, ya digo, de una alta calidad si se las compara con las que se realizan ahora, es entrar en una serie de cuestiones que, muy de la época, se extienden inquietantemente hasta nuestros días. Así, la preocupación por el carácter de los totalitarismos que al ser entonces una novedad avisaban de una serie de señas de identidad que hoy día, por mor de las tecnologías, son asunto cotidiano, y no olvidemos que en estas entrevistas Zweig anota como característica del nazismo la manipulación de las masas mediante el uso de las tecnologías: no hay más que viajar en el metro y estar rodeado de personas manejando cada uno su móvil con devota atención y darse cuenta de que los que estamos allí reunidos saldremos de aquellos vagones sin la sensación de haber estado acompañados de personas individualizadas cada una con un carácter y una historia. La diferencia con los infaustos años treinta es que en aquellos años la masa se mantenía junta y compacta —ese símbolo del *fascio* romano es significativo— mediante una manipulación que los mantenía unidos, un mitin, la radio, los desfiles... y ahora esa congregación

se dispersa en aras de una fragmentación quizá más peligrosa pues dibuja una masa que más que convertida en un monstruo violento que cambia la realidad pinta un enorme y sucesivo desfile de zombis. Lejos estamos ya de aquella distinción que en estas conversaciones hace entre héroe puro e involuntario, que serían Fouché y su querida María Antonieta. «En una figura como la de María Antonieta veo la forma más humana de lo trágico, y escribir la historia de los seres humanos siempre ha sido para mí mucho más atractivo que escribir la de los dioses».

En esta frase está contenido gran parte del legado de Stefan Zweig: quizá su suicidio tuvo mucho que ver con la intuición de que su concepto de lo humano ya no se correspondía con lo que veía a su alrededor. Las opiniones vertidas en estas conversaciones nos hablan de una sensibilidad herida hasta la extenuación por lo que él consideraba la esencia de la cultura europea, ese humanismo que desaparecía a ojos vista. Como Benjamin, en cierta manera, y partiendo de premisas muy distintas, llegó a idéntica conclusión. De ese destino, de esa canción de amor y muerte, en definitiva, nos habla en estas páginas Stefan Zweig.

Juan Ángel Juristo